

Homenaje a Carlos

Señoras y señores:

Es para mí un doble motivo de honor estar ante ustedes invitado por la Asociación Redes en este solemne acto de entrega del III premio Isabel Álvarez al Compromiso a la Educación al profesor León Carlos Álvarez Santaló. Y lo es, en primer lugar, porque el premio lleva el nombre de una amiga, Isabel Álvarez, a la que desde los años setenta hasta su muerte, hemos considerado la abanderada de la renovación pedagógica en la provincia de Sevilla, y así lo pude constatar en mi etapa como maestro y como director de escuela pública. Si me permiten una anécdota, mi gratitud hacia Isabel se ciñe también al plano personal con motivo de mis oposiciones al cuerpo del magisterio en 1978. Estando ella en el tribunal, hizo una eficaz defensa de mi ejercicio frente al presidente del mismo que, según ella me contó, quería suspenderme por emplear el término "revolución burguesa" en mi transcurso de mi exposición.

Si a Isabel Álvarez le debí mi sustento material en los años que estuve como profesor de EGB hasta mi entrada en la Universidad, a Carlos Álvarez Santaló, le debo una buena parte de mi sustento intelectual. Muchos más avezados que yo, en lo que hace a su trayectoria como docente e investigador, podrían ocupar este atril para glosar la figura de Carlos

Álvarez; mi único mérito es conocerlo desde 1966, 46 años. Fue el encuentro en uno de colegios privados, el de otro Carlos, Alonso Chaparro, de larga tradición en Sevilla, situado por entonces en el barrio de Santa Cruz. Como la Academia Orad o la Academia Ifar se trataba de empresas familiares cuyo especial mérito consistía en contratar jóvenes y buenos profesores para competir con las empresas congregacionales hasta que la normativa fue cerrándolas por la inadecuación de sus instalaciones -que no de su capital humano-, para dejar a los centros religiosos exclusivos beneficiarios de la concertación escolar instaurada en 1985.

En ese pequeño colegio instalado, Carlos Álvarez impartía Filosofía en sexto de bachillerato y, tengo que decir sin ningún tipo de exageración, que su labor como profesor me produjo una benefactor impacto personal y, no tanto por hacerme memorizar aquello de los silogismos Bárbara, Celarent, Darrii, Ferio, que me resultaban odiosos, como por su empeño en enseñarme a ser libre. Claro que, el impacto al que aludo, estaba motivado porque mi anterior experiencia escolar estuvo ligado a un colegio aún existente por lo que omito el nombre, ubicado en el barrio de Nervión, que había sido creado para recibir a una parte de los estudiantes dispersados por la ciudad al cerrar la República el colegio de los jesuitas de

la plaza de Villasís en 1932 y reabrirlo, sin diferencias de clases bajo sus techos, a cargo del Instituto Escuela regido por profesores de la Universidad hispalense. A la altura de 1958 y 1960, en ese colegio de Nervión se obligaba cada tarde a cantar brazo en alto el himno de falange y el de requeté. Hasta 1964 en que salí de aquel infierno, padecí la pedagogía habitual en las escuelas franquistas: beatería, violencia y humillación. Comprenderán que encontrarme con un profesor que no hacía del dogma ni de la amenaza el leit motiv de su actuación significara para mí un portillo abierto al aire fresco que yo me encargaría de convertirlo en vendaval con el tiempo. A más, el trato deferente de don Carlos quedó aumentado en invitaciones a comer en Blanco Cerrillo, un bar que entonces existía en Los Remedios; invitaciones que yo agradecía enormemente a pesar de que lentejas y huevo frito era el menú de obligado cumplimiento.

Desde entonces hasta aquí, Carlos ha seguido haciéndome favores; fui su alumno de historia moderna en la facultad de Filosofía y Letras y, años más tarde, en los cursos de doctorado. Después, ha prologado dos de mis libros, el primero *La Sevilla Inerme* en 1992 dedicado a visualizar las condiciones de vida en la ciudad a comienzos del siglo XX y el último *Una de las dos Españas*, en 2010, donde se presenta a la capital andaluza como

el Vichy que da cobijo a la parte más retardataria y violenta de España en vísperas de la guerra civil. Entre uno y otro libro, y aún hoy, he recurrido a Carlos Álvarez para que leyera borradores de mis trabajos, incluida una novela, con la malsana intención por mi parte de envanecerme y ganar autoestima a sabiendas de que sus comentarios, nunca objetivos respecto a mí, serían elogiosos vinieran o no vinieran a cuento.

De Carlos Álvarez como docente, destacaré dos o tres cuestiones.

Carlos Álvarez ha sido, o al menos yo lo he percibido así, un profesor fuera de lo común, por su tendencia a evadirse de los programas curriculares al uso, esos que otros profesores se empeñan en repetir año tras año sin preguntarse qué puedan aportar realmente a la formación intelectual del alumno. Nunca se lo pregunté pero intuyo su convicción de que los programas académicos, que sólo justifican en sí mismos, forman parte de la inveterada función de la escuela, de la universidad, por ejercer el control intelectual y político de los estudiantes. El programa para Carlos Álvarez estaba suficientemente recogido en el manual de turno. A él remitía a los alumnos que quisieran simplemente aprobar; al resto les invitaba a participar en unas clases donde las lecturas fundamentales y los ejercicios dialécticos de causa efecto, los análisis sobre los porqués y las consecuencias de los acontecimientos históricos se sucedían en una

aparentemente alambicado juego expositivo desde lo concreto a lo general y viceversa que alimentaba, que no anulaba, la inteligencia de los estudiantes. Lejos del profesor de historia cuenta batallitas, Carlos Álvarez hacía como aconsejaba hacer el insigne Edward P. Thompon, utilizar sólo los hechos históricos que poseyeran valor de estructura.

Dice Carlos Álvarez que el ser humano en sociedad es una mezcla variable de inteligencia y emociones. Con más emociones que inteligencia, un 80 por ciento de emociones por un 20 por ciento de inteligencia, por ejemplo, el individuo puede llegar a ser peligroso por irracional; son del tipo humano que dice hacer las cosas como Dios manda. Al contrario, sin emociones, el ser humano es igualmente dañino por convertirse en distante, frío, banquero. En el caso de Carlos Álvarez la combinación entre ambas cualidades es muy ajustada; se puede decir que ha ejercido amplias dosis de inteligencia emocional; esa cualidad que le ha permitido obtener un elevado poder seducción, casi hipnótica, sobre sus alumnos. Como profesor ha sido y sigue siendo un maestro de la empatía, y del uso de inteligencia emocional. En ese sentido, ha tenido especial relevancia el sentido del humor. Si estuviera aquí nuestro común amigo Antonio García Baquero, gran aficionado a los toros, diría que, Carlos, como profesor, ha usado con exquisito gusto la mano izquierda para enfrentarse a todos los

morlacos que le han salido por los chiqueros. Casi sin levantar la voz, el sentido del humor en Carlos Álvarez ha sido mil veces más corrosivo contra el poder establecido que las grandes manifestaciones de coherencia ideológica enlatada.

Ya que hablamos de inteligencia emocional en la docencia no olvidemos que el saber entra no con sangre sino con deferencia, con el placer. Por eso, hago un llamamiento a los miembros de la Asociación Redes a que hagan lo posible para que a nuestros niños y jóvenes les guste la historia, las matemáticas, los idiomas, las ciencias naturales, porque ese es el camino al verdadero aprendizaje.

Finalmente, diré que ningún profesor universitario separa docencia de investigación, porque se enseña lo que se investiga. Como investigador, Carlos sucumbió al principio, como todos, al falaz encanto de los números en sus trabajos sobre demografía histórica; después, en colaboración de su gran amigo Antonio García Baquero, emprendió un fructífero recorrido por el análisis de las clases sociales en el Antiguo Régimen, para desembocar en eso que se ha dado en llamar "historia de las mentalidades". A cualquier indocumentado le parecería un paso atrás abandonar el estudio cuantitativo de lo que en los setenta se llamaba "la infraestructura" para interesarse por lo que se llamaba con desprecio "la

superestructura". No es ningún retroceso sino todo lo contrario; las mentalidades, las instituciones, la cultura, el dogma, el pensamiento único, el miedo como factor de inmovilismo, son construcciones sociales, segregaciones que las clases dominantes construyen y difunden para la mejor defensa de sus intereses materiales; unas segregaciones que arraigan en las personas y en los pueblos y condicionan gravemente su bienestar material e inmaterial; es por tanto, mediante la identificación de esos subterfugios culturales, mediante su crítica y su parodia, como hace Carlos Álvarez, como mejor se llega a desmontar la patraña sobre la que se monta el sistema. El sistema es, valga la expresión, como una cebolla, hay que quitar las capas exteriores, para que el núcleo duro quede al desnudo, sin argumentos encubridores, y podamos hacer con él un buen guiso. Esas son las cosas que enseña e investiga Carlos Álvarez y, por eso, para seguir aprendiendo, me gusta llamarlo de vez en cuando y tomarme unas cervezas con él. Muchas gracias.